

Aquellos hombres recibieron la orden con el duelo en el corazón, porque presentían que se les imposibilitaba para continuar la campaña, toda vez que los privaban de recursos para regresar. Descepcionados en su mayor parte, los que quedaron al servicio según lo dispuesto por la orden, vieron alejarse á sus compañeros llenos de pesar; y de los que se marcharon pocos volvieron á agruparse á su bandera, mientras que otros marcharon á incorporarse á las fuerzas que operaban en la costa de Sotavento. Muchos tomaron la tal orden como una venganza del Ministro Doblado, quien no podía perdonar á los veracruzanos el recibimiento que le hicieron cuando arribó á Veracruz después de hacerse derrotar por las fuerzas reaccionarias, tres años antes, destruyendo una de las mejores divisiones que servían de apoyo al Gobierno Constitucional. ¡Oh! ¡Si entonces hubieran vivido aún Zamora y Lerdo, Ocampo, Valle y Degollado, quizás no habríamos tenido la vergüenza de ver ocupar impunemente nuestras terribles posiciones por un enemigo que no supo comprender lo que es el verdadero honor del soldado! Los "Tratados de la Soledad" abrieron la puerta á la felonía y á la traición, y privaron á la defensa del país de cerca de mil quinientos patriotas valientes: aguerridos y entusiastas, cuya presencia en Puebla habría quizás cambiado la faz de los acontecimientos, al terminar la gloriosa jornada del día 5 de Mayo de 1862!

## V

Un episodio triste vino á llenar de pena y duelo á las tropas de la 1ª División, durante su corta permanencia en el campamento de "Dos Ríos."

Al salir de Veracruz el día 14 de Diciembre de 1861, dos jóvenes menores de veinte años, carpintero el uno y sastre el

de Febrero esos haberes fueron cubiertos por la *Caja particular del cuerpo*, habiendo cubierto además, como regalo de año nuevo, el de los demás cuerpos de infantería los del día 1º de Enero de ese año.

otro, siguieron al batallón Guardia Nacional de artillería; y en San Juan de Instancia pidieron darse de *alta* para contribuir á la defensa de la patria: la circunstancia de estar íntimamente ligados por lazos de amistad, y tocar los dos el corneta pistón, hizo que se les agregara como clarines á la banda de dicho cuerpo.

La ninguna costumbre de hacer largas jornadas á pie, dormir á la intemperie, asolearse, recibir chubascos, etc., etc., contribuyeron á quebrantar su salud á los pocos días; y una vez en el campamento, fueron remitidos en los últimos días de Enero al Hospital Militar de Jalapa, donde permanecieron dos semanas curándose. Como el hospital tenía poca capacidad, y en el campamento las enfermedades comenzaban á causar algunas *bajas*, se hacía indispensable que, apenas en convalecencia los enfermos de poca consideración se les diera de alta para que otros ocuparan su puesto. Nuestros jóvenes voluntarios salieron del hospital no del todo repuestos; y no conocedores de las leyes militares, creyeron que podían pasear en Jalapa uno ó dos días antes de regresar al campamento.

Así lo hicieron, pero tuvieron la desgracia de que al ir á almorzar á un figoncillo situado frente á la antigua iglesia de San Francisco, se encontraron allí con un oficial de su batería en completo estado de embriaguez, quien habiéndolos interrogado por qué no se habían reincorporado á sus filas, y oído la respuesta que aquellos le dieran, los hizo aprehender por la fuerza de policía, encerrándolos en la cárcel pública, de donde fueron llevados al día siguiente con algunos vagabundos y malhechores, al campamento. Ya el oficial había dado parte de la aprehensión al Mayor General, como *desertores en campaña*; y como el tal Jefe era un malvado, como ya he dicho antes, sin más averiguación los hizo juzgar con arreglo á las leyes militares, tan terribles y tirantes en estos casos, ratificando el parte dado de *deserción consumada*.

En vano los infelices jóvenes protestaron de su inocencia,



y más aún contra el feo cargo que se les hacía; en vano el mismo oficial aprehensor, ya libre de los vapores del alcohol, quiso intervenir en favor de los desgraciados: inútil fué que la tropa se mostrara airada y ofendida por aquel acto que se intentaba, y que á todas luces era criminal; inútil, por último, que en los jurados, tanto el Jefe del cuerpo y sus oficiales, como los de Túcpan, rogaran en lo confidencial. El Mayor General no cedía de su feroz empeño: la ley lo autorizaba, y el miserable quería derramar sangre en nombre de la ley.

Fueron sentenciados á la última pena. Se recurrió al indulto, pero el General en Jefe, único que podía concederlo, se encontraba á más de cincuenta leguas de distancia, y en lo económico del servicio la sentencia había sido confirmada por el Coronel García, Jefe de aquel campamento. La noticia llegó al de "Dos Ríos," y fué preciso que los jefes de *todos* los Cuerpos interpusieran su valimiento y emplearan toda su energía para sofocar los conatos de insurrección que se comenzaban á notar entre la tropa, para ir á salvar á aquellos patriotas, víctimas del profundo odio que Hernández profesaba á los guardias nacionales.

La sentencia se llevó á cabo, habiéndose negado redondamente á formar el *cuadro* los batallones de artillería y de Túcpan, así como las *imaginarias* del campamento de "Dos Ríos," á los cuales se creyó prudente no obligar á concurrir; y para fusilar á dos míseros cornetas, *se volvieron los cañones, abocándolos al pequeño cuadro que se formó con la artillería permanente y la de Morelia.*

Entonces comenzó la deserción.

La tropa había visto ya fusilar á dos desertores de "Rifleros," verdaderos desertores, acreedores, desgraciadamente, á la dura pero necesaria ley militar: había asistido á la ejecución, y los había compadecido, pero no acusado á nadie, sino á ellos mismos, del triste fin que tuvieron; mas cuando comprendieron también que en nombre de esa ley podía asesinarse, bastando para ello el odio ó la malquerencia de algún

superior vicioso ó feroz, preferían abandonar las filas á que se habían incorporado para buscar una muerte gloriosa ante el enemigo, no para caer asesinados en afrentoso patíbulo.

.....  
El oficial denunciante, el beodo criminal, murió de una manera violenta y cruel, atacado por una enfermedad asquerosa, un mes después de los sucesos, sin que ninguno de sus compañeros lo acompañara en el lecho del dolor, después de haberle negado la palabra á causa de su infame conducta.

En cuanto al Mayor General Hernández, se pasó á las filas imperialistas al concluir el sitio de Puebla en 1863, al cual asistió relegado á un puesto insignificante, porque era mal visto y mal querido entre los heroicos defensores que tan alto pusieron el nombre de la ciudad en 1862, humillando las águilas de Inkerman, de Sadowa y de Magenta. Ultimamente era sacristán de la iglesia de "La Compañía" en el mismo Puebla; viejo, demacrado y siempre repulsivo, pero más hipócrita aún, se puso en el lugar donde sus instintos le llamaban de tiempo atrás, sirviendo á los enemigos jurados del principio democrático.

Se encuentra en su elemento.

## VI

No terminaré este "Recuerdo" sin referir dos hechos de distinta naturaleza el uno del otro, pero que corresponden á este lugar. El primero para dar una idea del estado que guardaba la 1ª División respecto á disciplina, subordinación y entusiasmo, y el segundo, para demostrar la opinión que algunos jefes del ejército tripartita tenían del resultado que darían los "Convenios de la Soledad."

\* \* \*

Ya perfeccionados los trabajos de los campamentos, el General Llave concibió y llevó á cabo la idea de experimentar prácticamente el estado que guardaban las tropas para entrar



en campaña. Al efecto, y de acuerdo con su Jefe de Estado Mayor, un día, en los momentos en que todos los cuerpos se disponían á tomar el rancho de doce, el Teniente Coronel Villavicencio, y los Ayudantes, Capitanes Peña y Hernández, penetraron en el campamento, camino arriba, á toda la carrera de sus caballos, gritando:

—¡El enemigo avanza por Paso de Ovejas! ¡A las armas! ¡A las armas!

Al instante, y como una respuesta, los soldados arrojaron el contenido de sus platos, y corrieron á sus alojamientos poniéndose sobre las armas. El Cuartel General hizo oír el toque de marcha, que repitieron los cuerpos particularmente, y diez minutos después estaba la 1.ª División formada en batalla en el magnífico llano de "Los Miradores," ocupando su puesto la artillería rodada y la caballería, los pagadores de los cuerpos, rancheros, etc., etc. El General Llave, arrogante en su magnífico caballo, se presentó entonces con todo su Estado Mayor, su escolta particular y sus guías á caballo, saludándolo la tropa con un estruendoso "¡viva México!" "¡viva la República!" que era una amenaza para el enemigo.

Dió la voz de mando para formar en columna, y ya en marcha, hizo que toda la división desplegara en batalla á su frente para pasarle revista: terminada ésta, y después de hacer varias evoluciones por brigadas, las tropas todas, que ya habían penetrado la idea del General en Jefe, regresaron á sus campamentos, contentos porque el referido Jefe había quedado satisfecho de ellas, pero contrariados por no haber sido una realidad la estratagema empleada para probar su buena disposición y disciplina.

\* \* \*

A causa de los "Convenios de la Soledad," no sólo parte de la tropa, sino también algunos jefes y oficiales de la Guardia Nacional que tenían familia en Veracruz, obtuvieron licencia para ir allí á visitarla, entre otros, el Mayor Ramos

Jiménez, y los Capitanes Somohano, Ruiz, Migoni y Frías, y Suárez, único que sobrevive á los compañeros, y el que esto escribe, obtuvieron licencia por un mes; y como según informes, las puertas de la ciudad permanecían abiertas durante la noche, arreglamos la salida del campamento de manera que el viaje se hiciera en un solo día, puesto que se podía aprovechar el plenilunio para caminar durante la noche.

Así se hizo, en efecto; pero al llegar á Tejería, el Comandante del destacamento de zuavos que allí se encontraba nos manifestó que precisamente desde el día anterior se había dado orden para que las puertas de la ciudad se cerraran á las seis de la tarde: esto, que nos contrarió algo, no fué sin embargo motivo para que suspendiéramos el viaje, á pesar de los ruegos del oficial francés que demostraba empeño en que nos quedáramos con él, quizás por la circunstancia de que, hablando su propio idioma la mayor parte de nosotros, encontraba placer en que le hiciéramos compañía. Nos despedimos de él después de tomar una copa de excelente cognac con que nos obsequió, y á las once estábamos hospedados en la casa de un amigo nuestro, extramuros de la ciudad. A las ocho de la mañana hicimos nuestra entrada, causándonos verdadero dolor ver las puertas guardadas por soldados ingleses, graves y severos, como lo son todos ellos; y en los alrededores y en las calles, rostros desconocidos, extranjeros en su mayor parte.

El Oficial de la guardia nos hizo saber que tenía la orden de enviarnos á la presencia del Gobernador, acompañados de dos gendarmes; por mi parte, y no teniendo á quien ver en Veracruz, quise retroceder, ante tamaña vejación; pero los compañeros me rogaron que los acompañara, y accedí por mera curiosidad de conocer al titulado Gobernador.

Dos gendarmes de los de nueva creación, *intervencionistas*, se pusieron al lado de nuestras cabalgaduras: el dolor se trocó en indignación al notar que uno de ellos era de los desertores que habíamos tenido en el campamento: no pudo con-



tenerse uno de nosotros, y azotó cruelmente el rostro de aquel bellaco con el fuste que llevaba en la mano. El oficial se informó de qué procedía aquella agresión, y dadas las razones, lanzó un puntapié al gendarme, quien se retiró todo corrido, dirigiéndonos miradas de odio y de rencor.

Emprendimos solos la marcha, y al llegar á la esquina de la Parroquia, el centinela que estaba en Palacio avisó nuestra llegada, y desde luego la guardia se formó, desprendiéndose de ella cuatro ó cinco soldados para tomarnos los caballos. El Oficial de la guardia nos hizo conducir hasta el antiguo salón de sesiones del Ayuntamiento, donde el nuevo Gobernador había establecido sus oficinas civiles y militares.

Un joven Capitán de artillería nos recibió con cierta indiferencia, manifestándonos que *Su Señoría* aún no se había levantado; pero casi al instante oímos una voz que desde la pieza contigua preguntó *quiénes eran*.

—Son unos oficiales mexicanos, contestó el joven Capitán.

—Capitán Burgos,—respondieron desde adentro,—tenga vd. entendido que para los señores oficiales mexicanos siempre—y recalcó esta palabra,—siempre estoy visible; perdonadme, señores, un minuto—continuó la voz—soy con vdes. dentro de breves instantes.

Así fué, en efecto.

Cinco minutos después, se presentó á la entrada del salón el señor Gobernador español, Coronel de caballería D. Ramón de Menduiña, quien se acercó á nosotros con aire de benévola confianza y satisfacción. Nosotros nos pusimos de pie y nos descubrimos por respeto y por deber.

—Señores,—prosiguió el Gobernador—habréis extrañado que se os heya molestado haciéndoos venir hasta aquí; pero ese extrañamiento desaparecerá cuando sepáis que he creído necesario tomar tal determinación, puesto que no teniendo el gusto de conocer á los oficiales del país, bien pudiera suceder que amparados del uniforme se introdujeran á la población individuos sospechosos y aun malvados.

Le dimos las gracias por su deferencia en darnos esa satisfacción, y nos pusimos á sus órdenes, pidiéndole permiso para retirarnos, después de indicarle nuestros domicilios.

Sea por lo que fuere, y luego de manifestarnos el deseo que tenía de que permaneciéramos á su lado siquiera un momento, á lo cual accedimos, la verdad es que, si bien dirigió la palabra en lo general, nos marcaba con sobrada deferencia á Suárez y á mí: departimos durante un corto espacio de tiempo, y entonces yo, en nombre de los demás, le pedí permiso de nuevo para retirarnos, pretextando que lo distraíamos de sus atenciones.

—De ninguna manera—contestó sonriendo—pero concibo que á unos oficiales mexicanos, y oficiales tan jóvenes como vdes., no les ha de ser grata la compañía de un *gachupín*,—y acentuó la pronunciación de la palabra,—á quien tienen por enemigo.

Nosotros protestamos contra ese pensamiento.

—¡Bien! ¡Bien, amigos míos! Podéis retiraros, pero antes os ruego que me acompañéis al balcón, pues en estos momentos va llegando el regimiento de “Isabel II” y quiero que presenciemos su desfile para oír vuestra opinión.

Lo hicimos como lo deseaba, absteniéndonos de dar opinión alguna.

Luego que el regimiento formó en la Plaza de armas, el Coronel Menduiña nos acompañó hasta el primer peldaño de la escalera; y allí, con voz risueña y tono festivo, nos dijo, poniendo una de sus manos en el hombro de Suárez y la otra en el mío:

—¡Ah! Ya me parece que os oigo decir: “¡Maldito gachupín, mejor te quisiéramos ver frente á frente en campo raso que no aquí, haciéndonos cumplimientos!” No; no será así, prosiguió con tono sincero, y despidiéndose de cada uno de nosotros:—no, no derramaréis sangre de *gachupines*, estad tranquilos. Sangre habrá; sangre se derramará, pero no de los que son para vosotros verdaderos hermanos bajo todos as-



pectos. Id, mis buenos amigos; tiempo tendréis para batiros, pero no contra nosotros, que quisiéramos poder ponernos de vuestro lado. Adiós otra vez, y recordad que en tanto que permanezcáis en la ciudad, tendré verdadero placer en veros. Adiós.

—¡Ah!—agregó á media voz cuando comenzábamos á bajar la escalera:—os recomiendo la mayor prudencia: hay aquí antiguos oficiales mexicanos que sirvieron en las filas contrarias en la última guerra civil y ahora se han aliado á nosotros, y juzgo que su vista os ha de causar indignación.<sup>1</sup>

Cuando nos encontramos en la calle, convenimos todos en que el Señor Coronel Menduiña era, como soldado, un arrogante y simpático militar, y como particular, el tipo del perfecto caballero.

Por mi parte confieso que siempre le guardé cariño y respeto á aquel anciano, por la deferencia que tuvo para conmigo en dos ó tres veces que lo traté, y por las proféticas palabras que pronunció al despedirse de nosotros en el Palacio Municipal de Veracruz.

<sup>1</sup> A pesar de esta recomendación, el Capitán Roiz abofeteó al siguiente día á un ex-oficial de apellido Ferro, y el que esto escribe dió una paliza á otro que venía en un cuerpo de traidores que estaba levantando un tal López que se decía ser Coronel.

## ALVARADO.

Formación y permanencia de un cuerpo de tropas.—Llegada de algunos oficiales de la 1ª y 2ª División.—Trátase de establecer un campo de observación en Medellín.—Acepta la idea el Coronel en Jefe Larragoiti.—Se ponen los medios para llevarla á cabo.—Uno de los encargados hace traición.—Acontecimientos posteriores.—Traición del capitán Aldana.—Sublevaciones.—Arribo y fallecimiento del comandante Militar de Tlalixcōyam.—Situación difícil de las tropas en Alvarado.—Deserciones en masa.—Relevo del Teniente Coronel Larragoiti por el Coronel Mariano Lazcano.—Noticias alarmantes.—Defeción de la Guardia Nacional de Alvarado.—Abandono de esta plaza por las tropas del Gobierno.—La ocupan los interventionistas.

### I

EL día 5 de Octubre de 1862, en las primeras horas de la mañana, cuando el sol deja apenas adivinar sus rayos en Oriente, en una habitación de la casa á espaldas de la conocida con el nombre de "la Máquina," en Alvarado, un oficial, un Capitán, lo diremos de una vez, sostenía animada conversación con una mujer, al parecer sirvienta, que de pie delante de una mesa donde aplanchaba ropa, sin dejar su quehacer, escuchaba atenta lo que aquel la decía.

—Bueno, Marciala:—concluyó el Capitán como última expresión de su discurso—ya sabes que no tengo más que dos camisas blancas útiles para el servicio; la que traigo encima y la que tú tienes lavando: así, pues, te encargo mucho que me la alistes temprano lo mismo que el pantalón, pues aun-